

La Universidad del Siglo 21 y la Educación para la Paz¹

Dr. José Luis Méndez
Facultad de Ciencias Sociales y
Cátedra UNESCO de Educación para la Paz
Universidad de Puerto Rico

La tarea más importante que tienen las instituciones universitarias del siglo veintiuno es la de educar para la paz. Actualmente, la cultura de la guerra mantiene un control casi absoluto del sistema político internacional, de la economía mundial, de los medios de comunicación y de difusión de la educación y el pensamiento. Como consecuencia de ello, tanto el estudio científico de las sociedades como de la educación, el derecho, las ciencias naturales, así como muchas otras disciplinas universitarias, han sido, en las últimas décadas, silenciadas en relación con su responsabilidad de luchar por la paz por el poder avasallador de una cultura dominante que promueve la guerra, la violencia; y que ha logrado presentar al crimen, la barbarie, el robo, los asesinatos y el despilfarro masivo de los recursos naturales como el orden natural de este mundo.

La hegemonía cultural, política y económica de los que promueven la guerra, no es por supuesto, algo nuevo en la historia de la humanidad. Todo lo contrario, el belicismo ha sido un elemento constante de nuestro acontecer histórico. Por eso, el prócer puertorriqueño Eugenio María de Hostos, afirmaba hace más de un siglo, que “Debajo de cada epidermis social late una barbarie” y contrastaba “la desvergüenza de la primicia de la fuerza sobre el derecho” que caracterizaba a los países supuestamente más civilizados de aquella época².

La denuncia que hizo Hostos tiene hoy mucho más actualidad que hace cien años. Ahora, más que hace un siglo, los países líderes del mundo capitalista han estado sirviéndose de la ciencia, la tecnología y del desarrollo económico para llevar la barbarie a su más alta expresión. A tono con ello, han estado sistemáticamente atacando sin piedad tanto a los ejércitos de los países considerados enemigos como a las poblaciones civiles

¹ Este trabajo fue presentado originalmente en el Encuentro de Educación y Pensamiento en Ponce, Puerto Rico en abril de 2008. Sirvió de base para la presentación realizada en la Feria Internacional del Libro en San Juan, Puerto Rico en noviembre de 2008.

² Eugenio María de Hostos, Moral Social, Eudeba, Editorial Universitaria de Buenos Aires. Argentina, 1986 p.18

de esos pueblos. Para ello, han desarrollado y fabricando bombas nucleares aviones de combate, proyectiles de largo alcance, cañones, minas y toda clase de armas de destrucción masiva.

El momento clave en el desarrollo de esa industria que promueve la guerra y se nutre de la muerte y la destrucción de los seres humanos, ha sido el siglo veinte. El pasado siglo ha sido, en efecto, el periodo más sangriento y más destructivo en toda la historia de la humanidad. Aproximadamente 187 millones de personas murieron durante el pasado siglo, víctimas de la larga cadena de guerras mundiales, regionales y civiles, así como de los genocidios, las persecuciones y los holocaustos que ocurrieron en el transcurso de esos cien años.

Europa en particular, perdió más de 15 millones de habitantes en la primera guerra mundial y sobre 50 millones de personas en el segundo conflicto bélico de carácter mundial del siglo veinte. Por eso, la búsqueda de la paz fue una necesidad impostergable del periodo de la segunda posguerra. Fruto de esa búsqueda fue la creación, en 1945 en la ciudad de San Francisco, de las Naciones Unidas. Después de la primera guerra mundial, también se llevó a cabo un esfuerzo similar, cuando en abril de 1919 se estableció la Sociedad de las Naciones, la cual no llegó, sin embargo, a institucionalizarse ³.

Pocos meses después de la creación de la ONU, el 16 de noviembre de 1945 se reunieron en Londres representantes de 37 países para firmar la constitución de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), la cual fue ratificada en 1946 por 20 estados y estableció su sede permanente en la ciudad de París. Aunque ha habido consenso en relación con las prioridades de esa organización, en lo que se refiere a la educación básica para todos y el fomento de la enseñanza de calidad, desde su fundación, la UNESCO ha sido sacudida por importantes polémicas intelectuales en relación con problemas significativos como: el alcance y la definición del racismo, el nuevo orden informativo internacional y los intentos de las grandes potencias para imponer de diversas maneras su hegemonía en la actividad cultural internacional.

³ Charles Chaumont, L'ONU que saije?. Presses Universitaires de France, Paris. 1962, p.8

Como consecuencia de esos desacuerdos, desde la creación de la UNESCO en el inicio del periodo de la posguerra, diez estados se han separado temporariamente de la organización en diferentes momentos. Una de esas naciones fue la República de Sud-África, la cual se retiró en 1956 para protestar por las censuras constantes que hacían las publicaciones de la UNESCO a su política racista, pero regresó a la organización en 1994 cuando terminó el régimen del “apartheid” y Nelson Mandela asumió la presidencia en ese país.

En 1984, Estados Unidos también se retiró de la UNESCO y poco después su ejemplo fue imitado por el Reino Unido y Singapur. En 1997 regresó el Reino Unido a la UNESCO y en el 2003 también volvió Estados Unidos.

La salida de los Estados Unidos de la UNESCO fue muy criticada por la comunidad científica, artística e intelectual de ese país, la cual sintió que se le estaba privando de un foro muy importante para sus actividades y negándosele oportunidades muy necesarias para sus respectivas áreas de conocimiento. Por eso, aún durante el periodo en que su país estuvo formalmente fuera de la organización, los científicos, los artistas y los intelectuales estadounidenses se mantuvieron de diversas maneras vinculados a la UNESCO.

Aunque Puerto Rico, por su condición política, nunca ha podido vincularse como país a la UNESCO, los intelectuales, los científicos, los artistas y los educadores de esta isla también hemos logrado vincularnos a esa organización a través de las asociaciones profesionales, artísticas y educativas, por medio de contactos profesionales y personales, y a veces como dicen las personas religiosas, por la intervención de la divina providencia.

La creación de la Cátedra UNESCO-UPR de Educación para la Paz, fue quizás el mejor ejemplo de esa vinculación providencial. La iniciativa de vincular a la Universidad de Puerto Rico con la red de Cátedras de la UNESCO creadas para educar para la paz provino del máximo dirigente de la Organización, el español Federico Mayor Zaragoza. Fue precisamente éste ex Director General quien, en una visita que hice a su oficina en París en el verano de 1996, me dio la encomienda de gestionar a mi regreso a la isla la firma de un convenio entre nuestra universidad y la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura con el fin de crear una Cátedra UNESCO-UPR de educación para la paz.

La encomienda nos daba muy poco tiempo a los puertorriqueños para gestionar el acuerdo, ya que Federico Mayor había sido invitado por el ex Gobernador Rafael Hernández Colón a participar en la reunión del Club de Roma -celebrada en noviembre de ese mismo año en Ponce- y su deseo era poder firmar el convenio entre la UNESCO y la UPR durante su visita a nuestra isla. A pesar de los clásicos obstáculos burocráticos, el convenio fue firmado en la fecha solicitada por el Director General de la UNESCO durante su visita a la isla.

A comienzo del siguiente año -el 27 de abril de 1997- inauguramos nuestra presencia en la Universidad con la primera Conferencia Magistral de la Cátedra a cargo del sacerdote y profesor universitario Dr. Fernando Picó, quien habló sobre el tema “De la universidad a la cárcel: Historia de un atrevimiento”. La idea de dedicar nuestra Primera Conferencia Magistral al problema carcelario y al impacto de la cultura del crimen sobre nuestro país, tenía como propósito crear conciencia entre nuestra población de que la guerra no es solamente algo lejano en donde los jóvenes de nuestra isla son enviados a pelear por los Estados Unidos, sino una actividad muy amplia y muy presente en nuestra propia sociedad donde mueren diariamente muchos jóvenes puertorriqueños.

En efecto, Puerto Rico conoce desde hace varias décadas una especie de guerra civil, no política, que ha diezmado considerablemente el número de jóvenes capaces de insertarse en la economía formal porque, además de los puertorriqueños que mueren a temprana edad en la lucha diaria por el control de los puntos de droga, hay un número considerable de personas en edad productiva que se marginan de la economía legal, y otros antes del inicio de su adultez, pasan la mayor parte de sus vidas en la prisión. El esfuerzo del compañero universitario Fernando Picó para tratar de recuperar a este último sector, insertándolos de nuevo en la sociedad a través de la educación, nos pareció un tema muy importante para ir creando conciencia entre nuestra población de que vivimos en una sociedad muy violenta, en la que el crimen ha echado raíces profundas en nuestra economía, nuestra cultura y nuestra vida política.

Contrario a lo que muchas personas piensan, esa cultura del crimen, en la que se glorifica la violencia y en la que todo está permitido para lograr imponerse sobre sus adversarios, no está divorciada de la cultura dominante, la cual define los parámetros de

la legalidad, configura la manera de pensar de la gran mayoría de los ciudadanos y decide cuándo los problemas y los desacuerdos se deciden a través de la guerra.

Cuando la Cátedra UNESCO – Universidad de Puerto Rico - de Educación para la Paz fue creada, se vivía un momento en el mundo en el que a pesar de la existencia de varios conflictos bélicos importantes, había algunas expectativas para la paz. En efecto, con la desaparición en la última década del siglo veinte de la Unión Soviética y del mundo socialista europeo, que acabó oficialmente con la guerra fría, y ante el hecho de la firma en 1992 de los acuerdos de Oslo entre Israel y la OLP, se abrían unas posibilidades para la paz que desafortunadamente luego desaparecieron.

En ese momento en Puerto Rico, el problema de la guerra parecía a muchos como algo ajeno, lejano y no era considerado una prioridad para nuestra lucha política e intelectual. Esa visión equivocada de la importancia que tiene para nosotros luchar contra la cultura de la guerra, cambió radicalmente a partir de 1999 con la muerte accidental de David Sanes en una práctica de bombardeo en la isla nena y el inicio de la lucha de nuestro pueblo a favor de la paz para Vieques. Poco tiempo después, la llegada a la presidencia de los Estados Unidos del candidato derrotado en las elecciones del 2000, George W. Bush, la puesta en vigor - a raíz de los actor terroristas del 11 de septiembre de 2001- de la política belicista del nuevo gobierno estadounidense, puso en un primer plano de la comunidad mundial la lucha internacional a favor de una Cultura de Paz.

Actualmente, todo el mundo reconoce en Puerto Rico la importancia que tiene para nuestro pueblo la lucha a favor de una cultura de paz y el triunfo obtenido en la búsqueda de la paz para Vieques. Sin embargo, no podemos contentarnos con lo que se ha hecho hasta ahora en esa dirección ni subestimar lo mucho que queda todavía por hacer para que nuestras instituciones educativas y nuestro país otorguen a la educación para la paz la importancia y la amplitud que ésta merece. A pesar de ello, es importante reconocer, ahora que celebramos los diez años de existencia a la Cátedra UNESCO-UPR de Educación para la Paz, los logros que ese esfuerzo ha tenido para ver cómo podemos aprovechar estas conquistas en beneficio de nuestro país y de nuestra causa.

Para ello, es necesario reconocer la importancia que han tenido en esta tarea nuestra novedosa y ágil estructura organizativa, el carácter inter-facultativo de nuestro

esfuerzo y nuestra política de alianza e interacción con todas las organizaciones y sectores de nuestra sociedad que defienden la misma causa.

Dicho sea de paso, antes de que la Cátedra UNESCO-UPR Educación para la paz fuese creada, fue en esos sectores de nuestra sociedad donde se reclutaron los miembros principales de lo que entonces era todavía únicamente un proyecto. Tanto nuestra primera coordinadora la Dra. Anaida Pascual, como su sucesora la Dra. Anita Yudkin, fueron previamente líderes o militantes destacadas de Amnistía Internacional. El hoy Rector de la Universidad de Puerto Rico en Utuado, y entonces Decano de Asuntos Académicos, el Dr. César Codero nos dio también una gran ayuda. Apoyó la Cátedra y la idea de que la Cátedra fuese inter-facultativa, tuviese fondos especiales para traer todos los años conferenciantes invitados y para nuestras actividades y nuestro funcionamiento. Tanto el Rector del Recinto- el Dr. Efraín González Tejera- como el Presidente de la institución en aquella época- el Dr. Norman Maldonado- apoyaron igualmente el proyecto.

Casi recién creada la Cátedra, recibimos la petición de un grupo de compañeros consejeros de la Facultad de Estudios Generales de asociarse a nuestros esfuerzos. De igual manera, todos los años hemos estado recibiendo peticiones de unir esfuerzos con nuestros compañeros profesores y estudiantes que comparten nuestros objetivos.

Ahora que sabemos la génesis de cómo surgió esta Cátedra en nuestro Recinto, es importante que conozcamos cuál es la importancia de este esfuerzo a nivel internacional, cómo surge, por qué surge y cuáles son las metas que persigue.

La creación de una red de Cátedras de Educación para la Paz en todo el mundo vinculados formalmente a la Organización de la Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, es cónsona con los objetivos constitutivos de esta organización. La misma fue creada con el propósito de construir la paz en la mente de los seres humanos mediante la educación, la cultura, las ciencias naturales, sociales y la comunicación.

Al particularizar esta meta a través de la creación de Cátedras de Educación para la Paz en todo el mundo, cuándo Federico Mayor Zaragoza era Director General de la UNESCO, intentó mediante ese esfuerzo ayudar a tratar de modificar las actitudes, creencias y comportamientos tanto en nuestra vida cotidiana como entre los gobiernos, para que las respuestas a los conflictos sean no violentas y para que las reacciones

instintivas de las personas y las naciones se orienten hacia la negociación y el razonamiento y no hacia la agresión.

No hace falta ser experto en política internacional para saber que perseguir esa meta en este momento implica estar dispuesto a nadar en contra de la corriente y ha enfrentarse a una cultura dominante, que no únicamente generalmente resuelve violentamente los problemas y las diferencias con otros pueblos y otras culturas, sino que además fomenta sistemáticamente la violencia, la incomprensión y la irracionalidad en nuestra vida cotidiana y en todas las manifestaciones de la cultura.

El comportamiento de las naciones europeas en los pasados siglos cuando sometieron por la fuerza a los países de África, Asia y América Latina a sus ambiciones y a sus proyectos coloniales imperiales, es un buen ejemplo de esa cultura de la violencia. De igual manera, la frontera móvil de los Estados Unidos, lograda a costa de la sangre de los indios y de los mexicanos, así como la ideología estadounidense del Destino Manifiesto y la conocida política americana de “Big Stick”, son igualmente procesos muy ilustrativos del predominio en el orden internacional de la Cultura de la Guerra.

Más dramático e ilustrativo aún es lo ocurrido durante la segunda guerra mundial, cuando los Estados Unidos tuvo el mayor reto militar de su historia al tener que enfrentar simultáneamente a los ejércitos de Alemania nazi y de la Italia fascista en Europa y en África del norte, y a la poderosa fuerza bélica del militarismo japonés en Asia y en el Océano Pacífico. Aunque logró salir vencedor de ese conflicto con la ayuda de la Unión Soviética, la cual derrotó a los nazis en el frente del este, Estados Unidos desarrolló durante ese proceso un monstruo de mil cabezas, conocido como el complejo militar industrial, al cual el ex presidente republicano y ex comandante del ejércitos de los Estados Unidos en Europa, el General Dwight D. Eisenhower, señaló como el mayor peligro que tiene en su país la democracia.

La magnitud de ese peligro se ha hecho sobre todo evidente a comienzos del siglo veintiuno, cuando llega a la presidencia en Washington el candidato que perdió las elecciones presidenciales del año 2000 y quien, con la ayuda del impacto causado en ese país por las acciones terroristas del 11 de septiembre llevadas a cabo por Al Qaeda, arrastró a los Estados Unidos a una política de confrontación con la nueva definición de lo que éste llama “ el eje del mal”. La política ultra belicista de Bush, no sólo viola los

principios más elementales del Derecho Internacional, sino que atenta contra las conquistas más importantes de los estadounidenses en materia de derechos humanos y protecciones democráticas.

Además de legalizar la tortura, promover el secuestro de ciudadanos en todo el mundo y tratar de crear un limbo jurídico para las personas apresadas en su pretendida guerra contra el terrorismo, la Administración del Presidente Bush dio luz verde en Israel a los sectores más intransigentes para que continuaran implementando su política de apartheid y siguieran masacrando casi diariamente a las poblaciones palestinas y prosiguieran con sus posiciones expansionistas, racistas y terroristas.

El descontento de la población estadounidense con el empantanamiento al que Bush ha llevado a su país en Irak, abre, sin embargo, una esperanza de que Estados Unidos y el mundo salgan de la pesadilla en que hemos vivido en los últimos años. Pero, aun si esto ocurriera de la manera más rápida y efectiva posible, la agenda de los que luchamos por una cultura de paz debe seguir intacta.

Tenemos que enseñar a repensar el mundo, pero vivimos en una sociedad en la que los sectores económicos que dominan la cultura promueven la violencia cotidiana, fomentan y se enriquecen de los conflictos entre los pueblos, sacan provecho del choque entre las culturas, de la ignorancia de los que han perdido la capacidad crítica y del oportunismo de los que miran hacia otro lado cuando las ciencias sociales no exigen que asumamos algún compromiso. Por eso, como dije al principio de mi intervención, cada día estoy más convencido de que la tarea más importante que tienen las instituciones educativas en este momento es el reto de contribuir a educar para la paz.